

LA FILOSOFIA LATINOAMERICANA COMO FILOSOFIA DE LA LIBERACION

por L. ZEA (México)

El problema de la dependencia latinoamericana, que es también compartido por otras muchas zonas de nuestro mundo, hace referencia a diversas expresiones de lo humano, que van de lo político, económico y social a lo que llamamos cultural. Los pueblos que forman la América Latina apenas se habían emancipado de sus metrópolis en Europa: España y Portugal, cuando ya se les planteaba el problema al que muchos de nuestros pensadores llamaron "emancipación mental". Había también que liberarse de hábitos, costumbres y modos de pensar impuestos por las metrópolis; esto es, de una cierta concepción del mundo y de la vida, de una cierta cultura, para adoptar, libremente, otra. Y digo adoptar, porque éste ha sido el meollo del problema planteado. Adoptar, que no crear. ¿Adoptar qué? Algo ya existente, algo ya creado. ¿Por qué? Por una supuesta urgencia de tiempo. No bastaba arrancar, por la violencia, las ligas de dependencia política que los pueblos latinoamericanos tenían con sus dominantes metrópolis, había también que arrancarse y de inmediato, una cultura igualmente impuesta. El no haberlo hecho así, había dado origen a una larga y sangrienta guerra intestina, originada por la resistencia que ponían los propios latinoamericanos a cambiar de hábitos, costumbres y cultura. Hábitos, costumbres y cultura, creadas por las metrópolis para garantizar sus dominios. No bastaba entonces arrancar las ligas políticas, había también que arrancar de inmediato, toda relación cultural. Esto es, formas de educación, de pensar y anhelar que garantizaban el dominio político impuesto. A la lucha por la liberación política, debería seguir así la lucha por la liberación mental o cultural. La larga lucha, en nuestro siglo XIX, entre liberales y conservadores, federalistas y unitarios, pipiolos y pelucones, futuro contra pasado, civilización contra barbarie, fue expresión del nuevo acto libertario. De

tajo, sin tiempo para crear el futuro, la civilización que deberían entonces ser, se adoptó de modelos extraños. Esto es, modelos tomados de otras culturas. ¡Seamos como los Estados Unidos de Norteamérica!, pide uno de los próceres de la emancipación mental de esta nuestra América. Seamos los Yanquis del Sur, propone otro. Pensemos o filosofemos a la inglesa y a la francesa, piden otros. Pero, ¿por qué no a nuestro modo? Porque este modo nos había sido impuesto por las metrópolis colonizadoras a través de tres siglos de dominio.

Para liberarnos del dominio cultural de las metrópolis íberas adoptamos los modelos de la cultura llamada occidental. Nos empeñamos, a lo largo del siglo XIX, en ser como las naciones que encarnaban esa cultura. Para liberarnos de los hábitos y costumbres de la colonia, adoptamos la filosofía positivista y práctica de los hombres que habían hecho del progreso una meta siempre abierta. Pero al hacer esto estábamos, acaso inconscientemente, adoptando una nueva forma de dependencia, la de los hombres e intereses de los que eran expresión esa cultura y filosofía imitada. Este fue el mensaje de José Enrique Rodó al terminar el siglo XIX e iniciarse el siglo XX. Su mensaje frente a la nordomanía y otras expresiones de esta infausta adopción. Con la adopción de los nuevos modelos de cultura, de una supuesta filosofía que no habíamos creado, adoptamos, también, formas de sumisión a intereses que no eran los nuestros. Substituimos el colonialismo íbero por el neocolonialismo de nuestros días. El neocolonialismo que es ahora objeto de nuestra reflexión. Una reflexión que se asemeja en mucho a la de los próceres de nuestra frustrada emancipación mental en el pasado siglo XIX.

¿Romper con el pasado y adoptar un futuro? ¿Fue ésta la solución buscada por nuestros emancipadores mentales? Pretendió serlo, aunque no tan concluyente, en varios de ellos. Fue ejemplar la postura de Juan Bautista Alberdi, el que habló no tanto de una imitación tajante, como de una selección. Selección en la adopción de filosofías que sirviesen para abrir la posibilidad de una cultura no dependiente, nuestra, americana. Selección que tuviese su origen en nuestro modo de ser, un modo de ser que, qui-

siéramos o no, nos había sido hecho en tres largos siglos de dominación. Algo había en este modo de nuestro ser que nos hacía también conspirar para el logro de una libertad, que si bien no habíamos vivido, sí conocíamos de alguna forma. De ello habló con gran énfasis Andrés Bello. Algo había en ese pasado nuestro que nos impulsaba a liberarnos de la dominación. De este algo hablaba, también, Francisco Bilbao. Este algo, este sentimiento de libertad que no habíamos adoptado, que sentíamos como propio, era el que nos impulsaba a luchar y a adoptar nuevas formas de vida. Adoptamos, en medio de la urgencia, algo que también teníamos dentro de nosotros pero que no nos había sido dado en la larga noche de la dominación impuesta por el imperialismo íbero. Algo de esto habían traído, también, sin saberlo y sin proponérselo, los mismos dominadores, algo que ellos tenían y que había acabado por ser también nuestro. Había que seleccionar para adoptar, pero también era necesario seleccionar para negar. No todo debía ser adoptado, ni todo debía ser negado. En este seleccionar, en este elegir, entre lo que habíamos sido y lo que queríamos llegar a ser, estaba expresando lo que tanto anhelábamos: la libertad. Nuestra libertad. La libertad que nos permitía adoptar una determinada forma del pasado y una determinada forma del futuro.

Nuestros problemas, el problema de nuestro pensar, de nuestra filosofía, lo ha originado el tratar de mantenernos entre dos abstracciones. La abstracción de un pasado que no consideramos nuestro, y la abstracción de un futuro que nos es extraño. Un futuro realizado ya por otros hombres que, si bien tienen de común con nosotros el haber sido hecho por hombres, no es nuestro en cuanto no hemos participado en su realización. Queremos saltar de un vacío a otro vacío. El vacío de lo que negamos y el vacío de lo que afirmamos. Vacío de lo que negamos, porque al fin de cuentas no negamos nada, porque lo que negamos va incorporado a nosotros, creando ese nuestro modo de ser del que en vano tratamos de liberarnos. Y vacío de lo que queremos ser, porque es la negación de lo que somos. Proponemos el modelo de lo que queremos ser, pero negándonos antes como ser. Dejamos de ser, nos

nihilizamos, para ser algo que no somos. Por ello, queriendo escapar de una dominación caemos en otra. Nos quitamos unas cadenas y nos ponemos otras. No hacemos nuestro el pasado, para hacer de sus cadenas armas de nuestra liberación, algo propio; pero tampoco hacemos del futuro nuestro futuro, sino un futuro que consideramos extraño, tan extraño que para hacerlo nuestro consideramos necesario negarnos. Es por ello, que entre nuestros primeros emancipadores mentales se planeó también una solución respecto a lo que debería ser adoptado o imitado. Era menester adoptar, no ya los frutos de la cultura que nos servía de modelo, sino el espíritu que la había hecho posible. Imitar, no un determinado sistema filosófico, sino el espíritu que lo había realizado.

¿Cuál era este espíritu? El espíritu crítico, diríamos en nuestros días, propio de todos los hombres y pueblos. La capacidad para seleccionar en función con el propio modo de ser, sin cuestionarlo. Un modo de ser que, naturalmente sufre cambios, como toda expresión del natural desarrollo del hombre, de la humanidad. El dejar de ser algo, no porque se decida que este algo ya no es propio, sino porque se ha dejado de serlo, al ser algo naturalmente distinto. Pero siempre siendo algo en lo que se está siendo. Algo inclusive en la modalidad de lo que se ha sido. El hombre deja de ser niño, o joven, para madurar, pero madurando por el hecho de haber sido niño y joven. No por una decisión imposible de pretender no haber sido jamás niño o joven. Todo lo contrario, siendo algo nuevo, pero como natural desarrollo de lo que ha sido. No empezar, como aún se pretende en nuestros días, a partir de cero. Nuestros emancipadores mentales tuvieron conciencia de la imposibilidad de este hecho, pese a ello hablaron también, de "partir de cero", de la nada, para poder ser distinto de lo que se era y se quería negar.

Allí está por el contrario la experiencia cartesiana. Descartes, el filósofo de la modernidad, el filósofo de la liberación del hombre que ya se había perfilado como un renacimiento; hablaba de cómo crear el ámbito de posibilidad de un hombre nuevo. De un hombre libre de los supuestamente oscuros tiempos de la Edad Media. Había que crear un mundo para este nuevo hombre, un

mundo planeado, hecho como las ciudades en las que sólo ha intervenido un solo arquitecto y no como aquellas ciudades en las que los tiempos van acumulando estilos, modos diversos de habitar, vivir. Construir ciudades a partir de "cero". Pese a ello, sin embargo, pensaba Descartes, que mientras estas ciudades se construían, sería menester vivir en las casas viejas. Esto es, no vivir a la intemperie. De Moral provisional habló Descartes al hablar de esta necesidad de moral que haría posible el paso del hombre de ayer al nuevo hombre. Moral provisional, la moral dentro de la cual había surgido la necesidad del cambio. El cambio como semilla de un pasado que sólo podía ser negado por la vía de la asimilación, o sea por lo que después Hegel llamó *Aufhebung*. De este modo de ser, del espíritu, propio de los hombres que habían hecho la cultura cuyos frutos nos empeñamos en imitar los latinoamericanos, ha hablado Ortega y Gasset diciendo: "El hombre europeo ha sido demócrata, liberal, absolutista, feudal, pero ya no lo es. ¿Quiere esto decir, rigurosamente hablando, que no siga en algún modo siéndolo? Claro que no. El hombre europeo sigue siendo todas estas cosas, pero lo es en la forma de haberlo sido. Si no hubiese hecho esas experiencias, si no las tuviese a su espalda y ni las siguiese siendo en esa peculiar forma de haberlas sido, es posible que, ante las dificultades de la vida política actual, se resolviese a ensayar con ilusión alguna de esas actitudes. Pero haber sido es la fuerza que más automáticamente impide volver a serlo".

Tal era el espíritu, que algunos de nuestros liberadores culturales proponían adoptar, en lugar de los frutos de este espíritu, es decir constituciones políticas, sistemas filosóficos, culturales y educativos. No rehacer modelos creados por ese espíritu, sin crear o recrear con un espíritu o actitud semejante que no es, al fin de cuentas, el propio de los europeos sino algo propio del hombre, de todo hombre, en cualquier circunstancia. Expresión propia del hombre, para mantener y ampliar su libertad. Adoptar modelos que han surgido de nuestro auténtico modo de ser, negarnos como ser para adoptar lo que fue expresión de un acto de afirmación de otros hombres en otras circunstancias, que resultan

no ser las propias, es lo que ha originado esta nuestra permanente subordinación, no sólo a pueblos extraños, sino al mismo espíritu de los hombres que los han originado, haciendo de nuestra aceptación, instrumentos para su propia afirmación y desarrollo. El mexicano Antonio Caso, exponía en contraposición con aquel espíritu europeo de que hablaba Ortega, el modo de ser que parece propio de los latinoamericanos, diciendo: "Los problemas nacionales jamás han sido resueltos sucesivamente". "México, en vez de seguir un proceso dialéctico uniforme y graduado, ha procedido acumulativamente". "Causas profundas, que preceden a la Conquista, y otras más, que después se han conjugado con las primeras y con todas entre sí, han engendrado el formidable problema nacional tan abstruso y difícil, tan dramático y desolador".

"Todavía no resolvemos el problema que nos legó España con la Conquista; aún no resolvemos tampoco la cuestión de la democracia, y ya está sobre el tapete de la discusión histórica, el socialismo en su forma más aguda y apremiante". Una vez más la urgencia, la prisa, el tragar modelos como solución a nuestros problemas, en lugar de que esas soluciones sean el producto de nuestra forma de asimilar, la forma de hacer nuestro, asimilando el pasado al presente, para ser el futuro que tendremos que ser.

Ahora se nos vuelve a plantear, como en el pasado siglo XIX, el problema de nuestra emancipación mental o cultural. ¿Emanciparnos? ¿Liberarnos? ¿Frente a qué? Ahora frente a los frutos de una elección; porque fue una elección; la elección de una cultura que vana e inútilmente tratamos de imitar, lo que impidió la posibilidad de apoyo en sí mismos, en nuestro propio pasado. No fuimos liberales, porque no asumimos y asimilamos nuestro ser colonial. Porque junto con los frutos del liberalismo occidental con el que pretendimos borrar nuestro ser colonial, adoptamos nuevas formas de subordinación. Las propias de una filosofía que hacía de la libertad de otros hombres instrumento de su propia libertad. Filosofía que afirmaba la libertad de sus acreedores, pero al mismo tiempo la sumisión de otros hombres, hombres que parecían ser ajenos a esta libertad. Se habló de libertad de los mares y libertad de comercio, como ahora de libertad de inver-

sión, para afirmar el derecho de unos intereses sobre otros. Esto es la libertad como instrumento de dominación, la libertad como justificación de quienes en su nombre afirmaron y afirman sus intereses, justificando en nombre de la libertad crímenes en Asia, Africa y en esta nuestra América. El liberalismo, paradójicamente, como filosofía de dominación. Y con esta filosofía toda una concepción del mundo, y todo un sistema para justificar el que muchos pueblos sigan sometidos. Se plantea entonces el problema de qué hacer con una cultura de dominación, y la filosofía que la justifica, para realizar la propia libertad, para afirmar una filosofía de la liberación. ¿Puede, dentro de una cultura de la dominación, surgir una cultura libre? ¿Dentro de una filosofía que justifica la dominación, una filosofía de la liberación? Y una vez más se plantea la necesidad de cuestionar y subvertir esa cultura, esa filosofía. Fue esta misma preocupación la que originó la filosofía de la liberación de los emancipadores mentales latinoamericanos del siglo XIX. Se cuestionó, se puso a crítica, la herencia cultural de la Colonia. Y para no pensar dentro de ella, para no sufrir lo que se consideró, igualmente, su influencia dominadora, se habló de la necesidad de empezar en cero. De empezar como si no tuviésemos pasado. Adoptando, como tal y para transformarlo en presente, la cultura y filosofía de un mundo engendrado, en Europa, como réplica al mundo del que aún éramos dependientes. La modernidad que se había engendrado en la teocracia y feudalismo de la Edad Media europea, se presenta en Latinoamérica como algo extraño. Tan extraño que la libertad por ella expresada acabó convirtiéndose en nueva forma de dominación. Lo que en el mundo llamado occidental había sido resultado de un desarrollo natural, en nuestra América significó un salto mortal. El tener que dejar de ser para ser algo que aún no se era. A este hecho llama Augusto Salazar Bondy inautenticidad. Esto fue nuestra primera filosofía libertaria, una filosofía inauténtica, y que por serlo, lejos de poner fin a la situación de dominio la afianzó.

¿Vamos ahora a repetir la misma experiencia? ¿Vamos a afirmar algo que no salga plenamente de nuestras entrañas, como ha

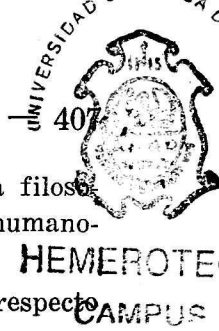
salido de las entrañas de los pueblos en que una nueva cultura, una nueva filosofía está haciéndose presente?

¿Cuál ha de ser, entonces, la filosofía a construir por nuestros pueblos, la filosofía de nuestra liberación? "... se hace claro —dice Augusto Salazar Bondy— que la filosofía que hay que construir no puede ser una variante de ninguna de las concepciones del mundo que corresponden a los centros de poder de hoy, ligadas como están a los intereses y metas de esas potencias. Al lado de las filosofías vinculadas con los grandes bloques actuales o del futuro inmediato es preciso, pues, forjar un pensamiento que, a la vez arraigue en la realidad histórico-social de nuestras comunidades y traduzca sus necesidades y metas, sirva como medio para cancelar el subdesarrollo y la dominación que tipifican nuestra condición histórica". Por su lado, Enrique Dussel, ha planteado una necesidad semejante y, como Salazar Bondy, se ha preguntado: "¿Es posible una filosofía auténtica en nuestro continente subdesarrollado, dependiente y oprimido aun cultural y filosóficamente?" "Es posible —contesta—, sólo con una condición, que desde la autoconciencia de su alienación, opresión, sabiéndose entonces estar en la propia frustración, la dialéctica de la dominación *piense* desde dicha opresión y *vaya pensando* desde dentro de la praxis liberadora una filosofía ella misma también liberadora. Es decir, una filosofía que emerge de la praxis histórica y que la piensa desde la existencia personalizada del filósofo, el que sabiéndose liberal y proféticamente vive anticipadamente un hombre nuevo". Desde este punto de vista, la filosofía moderna y europea, en que nos hemos formado, así como la que resultó de la adopción hecha por los latinoamericanos de esa filosofía, pensando que con ello encontraría solución a nuestros problemas, es una filosofía inauténtica porque no nace de nuestras necesidades. Son filosofías ajenas a nosotros, esto es, inútiles para la liberación que anhelamos. Dussel habló de una filosofía latinoamericana diciendo: "La filosofía latinoamericana es, entonces, un nuevo momento de la historia de la filosofía humana, un momento analógico que nace después de la modernidad europea, rusa y norteamericana, pero antecediendo a la filosofía africana y asiática postmodernas que

constituirán con nosotros el próximo futuro mundial: la filosofía de los pueblos pobres, la filosofía de la liberación humanomundial".

Pero analicemos aún más la idea que se va teniendo respecto a lo que ha de ser esa filosofía de la liberación que, al parecer, ha de surgir en esta América nuestra. Dice Salazar Bondy: "La constitución de un pensamiento genuino y original y su normal desenvolvimiento no podrán alcanzarse sin que se produzca una decisiva transformación de nuestra sociedad mediante la cancelación del subdesarrollo y la dominación". Esta filosofía está así determinada, como posibilidad, por el cambio que ha de antecederle y esto es la cancelación del subdesarrollo y la dominación. Cancelados éstos, la filosofía será posible. En ese caso surgiría una filosofía libre, auténtica, pero no de la liberación, que ahora necesitamos porque esta liberación deberá ser previamente alcanzada. "Nuestra filosofía genuina y original —agrega Salazar Bondy— será el pensamiento de una sociedad auténtica y creadora, tanto más valiosa cuanto más altos niveles de plenitud alcance la comunidad hispanoamericana". Pero aquí volvemos a caer en la utopía. A la filosofía, nuestra supuesta filosofía, como una esperanza más, como posibilidad que dependerá de cambios estructurales que aún no han sido realizados. Esto es vuelta a la nada. Salazar Bondy es consciente de este hecho cuando agrega, "pero —esta filosofía— puede comenzar a ser auténtica como pensamiento de la negación de nuestro ser y de la necesidad de cambio, como conciencia de la mutación inevitable de nuestra historia". En este caso, como una previa filosofía de la liberación. Como filosofía encaminada a dar al latinoamericano, conciencia de su situación de dependencia y de la necesidad de ponerle fin. Pero cuidado de no caer en nuevos espejismos, en una nueva inautenticidad.

Pero aquí caemos en algo en que ya cayeron nuestros mayores y sobre lo cual hemos venido hablando. En la negación de nuestro ser. ¿Para qué lo negamos? Para ser ¡libres!, se nos podrá contestar. Pero, ¿libres de qué? ¿Libres de sí mismos? Pero no es nuestro ser el que debe ser cambiado. Es este ser el que debe ser



liberado, pero no negado. Frantz Fanon nos dice: “La descolonización es simplemente la sustitución de una especie de hombres por otra especie de hombres”. Y agrega en otro párrafo, “por Europa, por nosotros mismos y por la humanidad, compañeros, hay que cambiar de piel, desarrollar un pensamiento nuevo, tratar de crear un hombre nuevo”. Una “especie de hombres por otra especie de hombres”, “cambiar de piel”, creo que en estas palabras está el centro del problema y, acaso, su solución. No se trata de negar ya ningún ser, sino de cambiar el modo, la especie de unos determinados hombres, por otro modo de ser o especie. Se trata de arrancar a éstos a una determinada piel, la de la subordinación. Pero, ¿qué hay debajo de esa piel? Pura y simplemente el hombre. Pero, y en esto debe también insistirse, el hombre concreto, una determinada especie de hombre, que no tiene por qué ser ni más ni menos hombre que el resto de la humanidad.

Salazar Bondy, Dussel, Fanon y quienes como ellos pugnan o han pugnado por una filosofía de la liberación, hablan del hombre nuevo y de la nueva filosofía de este hombre. De este hombre nuevo también hablan, y han hablado los filósofos europeos. Pero, ¿hablamos los no europeos del mismo hombre nuevo? Pienso que unos y otros hablamos, pura y simplemente del hombre. Del hombre que se ha tenido que ir arrancando la piel de la dominación una y otra vez. Y en este sentido toda la filosofía, hasta nuestros días, ha sido una filosofía de liberación. ¿Pero cómo es que esta misma filosofía puede, a su vez, transformarse en una filosofía de la dominación? Hasta ahora la liberación parece descansar en la dominación de otros hombres. Una especie de hombres se liberan para imponer, a su vez, su dominación a otra especie de hombres, hasta que éstos toman conciencia y se liberan, pero para imponer nuevas subordinaciones. ¿Por qué? Pareciera hacerse descansar la libertad alcanzada en la posibilidad de dominio de otros. Esto ha sido hasta ahora. Y esto es lo que no debe seguir siendo. La libertad no puede seguir descansando en la liberación de un dominio para imponerlo a otros. En la historia vemos cómo el hombre griego se libera del despotismo de los sátrapas orientales, pero para garantizar su libertad considera

imponer un nuevo dominio, la esclavitud, sobre el no griego. El bárbaro cristianizado, donador de esclavos, se libera a su vez del dominio del heredero de Grecia, del romano, para imponer, a su vez, nuevas formas de subordinación sobre otros hombres a los que considera menos hombres, creando nuevas servidumbres, servidumbres que, el hombre del Renacimiento se propone terminar. La Revolución Francesa, como su antecesora, la Revolución Estadounidense, serán una expresión de esta nueva filosofía de la liberación. Pero esta misma filosofía, una vez supuestamente alcanzada la liberación del hombre por ella enarbolada, establece nuevas dominaciones para supuestamente garantizar la posibilidad de una liberación universal. ¿No es frente a esta filosofía de la libertad-dominación, que se propone ahora otra filosofía de la liberación? Entramos en una etapa más de esta historia dialéctica de la liberación-dominación? En su *Fenomenología* y en su *Filosofía de la Historia*, Hegel ha descrito el desarrollo de esta dialéctica. La dialéctica de una filosofía que parecía haber alcanzado sus últimas metas en la Revolución Francesa; pero en la cual ya está gestándose una nueva forma de subordinación, subordinación a la que ahora pretendemos poner fin. Para justificar el nuevo dominio la filosofía de la historia de Hegel pone en el campo de la pura posibilidad, a nuestra América, Asia y Africa, el conjunto de pueblos que ahora denominamos Tercer Mundo. Todo esto es, precisamente, lo que no debe ser mantenido. Nuestra filosofía y nuestra liberación, no pueden ser sólo una etapa más de la liberación del hombre, sino su etapa final. El hombre a liberar no es sólo el hombre de esta América o del Tercer Mundo, sino el hombre, en cualquier lugar que éste se encuentre, incluyendo al propio dominador. Es esta especie de hombre, el dominador del hombre el que debe desaparecer, no el hombre. No el ser, sino un determinado modo de ser.

Un hombre nuevo, sí; pero un hombre que no tenga ni la piel del dominador ni la piel del dominado. Esto es, un hombre consciente de que el hombre no puede ni debe ser ni lo uno ni lo otro. Para lograr esto tendrá que asimilar la experiencia de lo que ésta ha significado en la historia del hombre para que tal expe-

riencia no vuelva a repetirse. Sartre, hablando de Fanon, dice que éste no odia al blanco, al europeo, sino que lo ignora. Yo no diría que lo ignora, simplemente ya no es el modelo a tomar, sino un hombre más con sus especiales problemas. El hombre visto por otro hombre. Por un hombre que, quiérase o no, se sabe parte de la humanidad, a partir de la cual ha de ser creada una nueva imagen del hombre, una nueva especie de hombre. El europeo es la expresión de un tipo de hombre que no debe ya seguir siendo, pero hombre que a pesar suyo ha dado origen al hombre que ahora toma conciencia de la dominación sufrida y busca ponerle fin. Este hombre ignora, no al hombre de piel blanca, sino al hombre que está dejando de ser dominador. Ya no es el enemigo, es otro hombre, un semejante, al que, en todo caso, hay que arrancar la piel de dominador, pero evitando, a la vez, que no se transforme en otro dominado. No se trata de hacer del dominado un nuevo dominador, ni del dominador un nuevo dominado. Como tampoco se trata de encontrar nuevos dominados que nos garanticen nuestra libertad. Creo, como Dussel, que esta filosofía, la filosofía de este nuevo hombre, debe ser analógica, esto es, capaz de reconocer en el otro al semejante. Semejante en su diversidad en su ser distinto. Pero no tan distinto, ni tan diverso que acabe creyéndose un superhombre o un subhombre. No el hombre con una determinada filosofía abstracta, sino un hombre y, como todo hombre concreto, y con una filosofía que partiendo de su concreción, su propia experiencia, pueda comunicarla hasta hacer de ella filosofía sin más. No una filosofía especial, que acabe siendo como las anteriores filosofías de la liberación. Esto es, filosofías propias del hombre que las reflexionó, dispuesto siempre a marginar cualquier reflexión que no encajase en la estructura de sus reflexiones. Es así que han surgido filosofías, no analógicas, capaces de justificar genocidios de hombres y pueblos en nombre de la libertad y para su supuesta defensa.

Pero, volvamos al punto de partida en estas reflexiones, a la situación que ha hecho, supuestamente, de nuestro pensamiento pasado, una filosofía inauténtica. A ese nuestro afán por liberarnos del pasado colonial bajo el mundo íbero ayer, y bajo el capi-

talista hoy, adoptando modelos que lejos de liberarnos han creado nuevas formas de subordinación. El fracaso de los modelos adoptados dependió, precisamente, de la imposibilidad del latinoamericano para dejar de ser latinoamericano transformándose en sajón, yanqui, occidental, etc. Esto es, fracaso por no haber sabido incorporar a su propia estructura de hombre concreto expresiones de las estructuras de otros hombres. Por ello, al revés del europeo que nos servía de modelo, nunca fuimos demócratas ni liberales, como tampoco formamos parte de la estructura capitalista de otra forma que la de instrumento, bajo una nueva subordinación. Hemos sido, pura y simplemente, hombres colonizados y no ha sido negándonos simplemente como tales que hemos dejado de serlo. Adoptar, por ejemplo, la Constitución de los Estados Unidos no nos ha convertido en un conjunto de pueblos demócratas y liberales. Como tampoco la adopción del positivismo hizo de nosotros hombres prácticos, capaces de inventar y utilizar las técnicas que ahora imperan en el mundo. Pese a ello seguimos siendo un pueblo colonizado, dependiente, porque asimilamos nuestra colonización, nuestra dependencia, tal y como el europeo asimiló etapas de su historia en las que también unos hombres fueron dominados por otros. Pensamos que cerrando los ojos a nuestro pasado, y a nuestro presente, íbamos a saltar, milagrosamente, a la libertad. Pensábamos que imitando los frutos de hombres que habían alcanzado esa libertad íbamos a ser como ellos, libres. No imitamos a estos hombres en la actitud que hizo posible esos frutos, sino tratamos de remediarlos originando sólo parodias, las de un mundo que no podía ser nuestro. Y no podría serlo, precisamente, porque empezábamos por no considerar ese mundo como nuestro. Lo sabíamos distinto, inclusive opuesto a nuestro ser, al ser que considerábamos nos había sido impuesto en largos años de coloniaje. Y era por ser distinto, por considerarlo diametralmente opuesto a lo que tratábamos de ser que intentamos borrar, como si esto fuese posible, lo que habíamos sido. Por ello, lo que en otros hombres había sido expresión de una filosofía de la liberación, al ser adoptado por nosotros se transformaba en una filosofía de la dominación. En una nueva forma de dominación, elegida,

adoptada y aceptada por nosotros. Para ahora volver a repetir la historia, como si no tuviésemos historia alguna, buscando borrar nuevas formas de dominación.

Por ello, si no hemos de repetir experiencias que no tienen por qué repetirse, no habrá que caer en los mismos errores del todavía pasado inmediato. Tenemos ya una larga historia, una larga historia de dependencia, de colonización, cualquiera que sea el signo que haya tomado o tome. Debemos terminar con esta situación, pero no en forma inauténtica, disfrazándonos de hombres libres, sino luchando por ser libres y siendo libres en esta lucha. Es nuestro ser el que debe liberarse de la dependencia, no tratando de anular este nuestro ser en nombre de la independencia. Es el mismo hombre dependiente el que ha de ser libre. No libre de acuerdo con un nuevo modelo, sino libre de acuerdo con sí mismo. Y la libertad, si ha de ser auténtica, tiene que darse en relación con otros hombres. Libertad frente a quien domine o pretenda dominar, pero también libertad para quien pudiera ser dominado. En este sentido la libertad de los otros es, también, expresión de nuestra propia libertad; como nuestra libertad deberá ser expresión de la libertad de los otros. No tiene ya sentido hablar de modelos a seguir en la libertad, porque no puede haber modelos, arquetipos de libertad, sino simplemente hombres libres, cualquiera sea la forma en que esta libertad se expresa o vaya expresándose. Ya que son los modelos los que acaban imponiendo nuevas subordinaciones. El aceptar un modelo es ya aceptar una subordinación. Lo que se debe es reconocer la libertad en los otros y hacer que esta libertad sea reconocida por los otros. Ningún hombre, ningún pueblo, puede ser modelo de libertad, simplemente todo hombre, todo pueblo, debe ser libre y por serlo capaz de reconocer la libertad en los otros por distintos o semejantes que éstos parezcan. Son los modelos los que crean los paternalismos, las dictaduras para la libertad y en nombre de la libertad. Una libertad que se niega a sí misma al no reconocer en otro hombre su posibilidad.

Desde este punto de vista la experiencia libertaria de Europa, el Mundo Occidental, los Estados Unidos, la URSS, China son tam-

bién nuestras experiencias. Experiencias que deben ser asimiladas como también debe ser asimilada nuestra conciencia de la dependencia y la necesidad de su fin. Una filosofía de la liberación nuestra, pero sólo a título de que seamos su posible y concreto punto de partida, una filosofía que haga propia la doble experiencia, de que hablamos: la europea y la latinoamericana.

Ya no imitar sino asimilar experiencias para una tarea que ha de ser común a todos los hombres, y abra la posibilidad de un hombre nuevo; nuevo por su capacidad para hacer de su largo pasado el material de su novedad. Y aquí vuelvo a Fanon, que dice: si queremos hacer del mundo no occidental una copia del mundo occidental, dejemos que sean los occidentales los que se encarguen de hacerlo. Pero si queremos participar en la hechura de ese nuevo mundo, de ese hombre nuevo sin que deje de ser hombre, entonces inventemos, descubramos.

Inventar, agregamos nosotros, es reajustar lo existente, cambiar el orden que hace posible el dominio, la dominación. En el principio no fue la nada, como reza la Biblia, sino el caos, como dice la mitología. De la nada, no sale nada, salvo por la arbitraria decisión de un ente superior; pero del caos sí puede surgir el orden. En este caso se trata de un orden en que todos los hombres, sin excepción, tengan el lugar que les corresponde como hombres entre hombres. Por ello Fanon, sin sentirse negro, latinoamericano o africano, sino hombre concreto con la concreción que es propia de todos los hombres dice: "Si queremos que la humanidad avance con audacia, si queremos elevarla a un nivel distinto del que le ha impuesto Europa, entonces hay que inventar, hay que descubrir". Y este descubrimiento e invención se harán, no sólo en beneficio del hombre que se ha propuesto hacerlo, sino de todos los hombres. No a título de exclusividad, que fue el gran error y pecado del hombre occidental. Sino como una expresión del hombre, del hombre con independencia de situación y concreta forma de ser, esto es, abierta a todos los hombres. Simplemente del hombre y para el hombre.